

Roderic Camp (comp.), *Encuestas y democracia: opinión pública y apertura política en México, México, Siglo XXI, 1996, 231 p.*

Francisco Abundis

Roderic Camp es sin duda uno de los mexicanólogos más prolíficos hoy día. Mejor conocido por su análisis biográfico de la clase política mexicana, y por sus estudios sobre el proceso de democratización del país, ocasionalmente parece interesarse por temas más especializados. Este año, por ejemplo, apareció su obra *Crossing Swords, Politics and Religion in Mexico*, editado por Oxford University Press. El libro es un análisis de la Iglesia católica mexicana a través de sus actores. Si bien éste es un campo de estudio que no le es muy familiar a Camp, en el método de análisis es un especialista: el estudio de élites.

El libro objeto de esta reseña representa otro de sus trabajos ligeramente fuera de sus temas de interés principal, y para el cual no hace uso del análisis biográfico. Camp incursiona en el tema del análisis electoral y del comportamiento político con la compilación de este volumen sobre encuestas y opinión pública.

Los procesos políticos de México hacen muy difícil a algunos académicos resistirse a la tentación del análisis electoral con encuestas. El caso del libro de Domínguez y McCann es un ejemplo afortunado de ello. Con su obra aparecida el año pasado, *Democratizing Mexico: Public Opinion and Electoral Choices*, los autores formalizaron un debate que ineludiblemente estará presente durante los años por venir: el proceso de la toma de decisiones del elector mexicano. Roderic Camp muestra también interés por los temas electorales, y con el volumen que aquí se comenta realiza su contribución a este campo.

El texto compilado por Camp es producto de una conferencia dictada en la Universidad de Tulane y financiada por la Fundación Thinker, en 1994, luego de las elecciones presidenciales de agosto de ese año. Se publicó en inglés en 1996 y aparece en castellano tres años después del evento que le dio origen. Esta diferencia de fechas entre la presentación de

los ensayos y la publicación del libro limita el valor de algunos de los ocho artículos que lo conforman; en especial los que discuten aspectos metodológicos de las encuestas.

La industria de las encuestas en México es muy dinámica, particularmente en fechas recientes se observa un periodo de intenso crecimiento y diversificación (sólo en 1997 se hicieron públicas más de 100 encuestas electorales para el D.F.). De ahí que la mayoría de los problemas metodológicos de las elecciones presidenciales de 1994 sean sustancialmente distintos de los que hoy día se discuten. Por ello algunos ensayos metodológicos del volumen deben tomarse más bien como documentos testimoniales que como textos de análisis.

El primero de los artículos, escrito por Juan Carlos Gamboa, explora algunos de los problemas que afectaban la credibilidad de las encuestas en 1994. Su ensayo sugiere que el financiamiento oficial y el fácil acceso a medios de información "pasivos o abiertamente controlados por el gobierno", le dan plena capacidad al gobierno para "opacar o desacreditar las encuestas independientes". Advierte también que la limitada circulación de la prensa impresa y su falta de credibilidad minan los esfuerzos de los encuestadores independientes.

El artículo de Gamboa representa una investigación periodística bien documentada. Sus estimaciones sobre el mejoramiento de las metodologías, así como los reportes más explícitos de las mismas, se han observado durante la pasada elección en México. Sin embargo, su énfasis en

un gobierno con actitud conspiratoria es excesivo y poco exacto. Prueba de ello es el siguiente ensayo de la compilación, escrito por Raúl Trejo Delarbre, en el que se ofrece una lista detallada de los encuestadores independientes que tuvieron presencia antes y después de las elecciones de agosto.

Trejo Delarbre argumenta que la abundante publicación de encuestas antes de las elecciones podría haber influido en el resultado. Lamentablemente el autor no ofrece testimonio alguno sobre esa relación causal y advierte sobre la necesidad de realizar investigaciones que exploren este efecto.

Trejo Delarbre también analiza brevemente algunos de los debates metodológicos que se suscitaron entre encuestadores durante el periodo electoral de 1994. Una de sus observaciones más atinadas sugiere que los encuestadores mexicanos estaban equivocados en sus predicciones de que el aumento de la proporción de votantes, o los votos de los indecisos, modificarían sustancialmente los resultados de las elecciones (es decir, que el PRI obtendría una menor proporción de los votos).

La controversia fue sobre el multicitado problema de la probable falta de veracidad de las respuestas del encuestado, debate que se resolvió por sí mismo al compararse las mediciones y predicciones de los encuestadores con los resultados oficiales. Finalmente Trejo Delarbre destaca uno de los logros académicos más notables de la temporada electoral: la conducción de encuestas públicas seria-

das que permiten un análisis más fino y preciso de los cambios de la opinión pública. Las encuestas fueron realizadas por el Gabinete de Estudios de Opinión (GEO) y publicadas en su propio diario.

Uno de los ensayos que parece tener menos relación con el resto del libro, e incluso con lo que su título anuncia —sobre todo con la versión del título en inglés, *Polling for Democracy*—, es el de Linda Stevenson y Mitchell Seligson. Los autores argumentan que el temor al reinicio de la violencia política pudo haber sido uno de los principales frenos a la misma desde la década de 1930. Sugieren que la memoria colectiva mexicana de la Revolución se va desvaneciendo con el paso del tiempo y que por lo tanto, las inhibiciones frente a la violencia o las acciones políticas de alto riesgo van disminuyendo con cada generación. Aunque su documentación no es muy robusta (con los mismos datos de las encuestas se podría argumentar lo contrario), los autores sugieren que las historias de la Revolución afectan los comportamientos y actitudes de jóvenes hasta tres generaciones después de ocurridos los acontecimientos.

James MacCann contribuye con uno de los ensayos más académicos de la compilación. El trabajo de MacCann, a diferencia del realizado con Jorge Domínguez, hace un análisis estadísticamente menos sofisticado; el autor sólo presenta porcentajes comparativos de los países de Norteamérica. Sus conclusiones son similares a las de otros académicos familiarizados con la Encuesta Mundial de

Valores: los ciudadanos estadounidenses y canadienses muestran más habilidad y entusiasmo en su participación política que los mexicanos. Agregan que su índice de participación se construye con tres variables: interés en las campañas políticas, nivel de información sobre las instituciones y el sistema político del país, y nivel de experiencia política.

Una de las conclusiones que más llama la atención, a la que el compilador parece no prestar mucha atención, es que muchos mexicanos afirman saber poco de los candidatos o de sus plataformas de campaña, pero están dispuestos a expresar sus opiniones. Ya a principios de los sesenta Almond y Verba, en el clásico *The Civic Culture*, habían registrado esta particularidad entre los mexicanos. Hace más de treinta años la comparación no fue sólo con los países de la región, sino con los Estados Unidos y otros tres países (Italia, Reino Unido y Alemania). Esta consistencia del electorado mexicano sugiere una agenda de investigación aún no explorada.

Neil H. Nevitte contribuye al volumen con otro de los ensayos de corte evidentemente académico. Así, su trabajo continúa con una agenda de investigación más larga que tiene como antecedente *Convergencia en Norteamérica*, estudio precursor en el campo de la opinión pública que compara las actitudes de las poblaciones de Norteamérica en el contexto del TLC (publicado junto con Ronald Inglehart y Miguel Basáñez). Nevitte examina los puntos de coincidencia de México y Canadá en su

relación con los Estados Unidos. Sus datos indican que aunque se observan mayores semejanzas entre los Estados Unidos y Canadá, como era de esperarse, durante la década de los ochenta los tres países se hicieron más receptivos a influencias extranjeras. Concluye que las variables contextuales tienen en este cambio un considerable poder explicativo.

La contribución de Miguel Basáñez analiza los debates en el seno mismo de la industria de las encuestas. En particular, aborda cuestiones metodológicas sobre la presentación de resultados (tamaño de la muestra y patrocinador), el problema de la asignación de indecisos y cómo registrarlos, la diferencia de entrevistar en viviendas o en la calle (al respecto Basáñez concluye que no hay diferencias significativas), la forma de la pregunta electoral y el lugar de la misma en el cuestionario.

El ensayo de Basáñez es exhaustivo y detallado; sin embargo, tiene un problema fundamental: el autor fue a la vez participante—como director de Mori de México— y analista del proceso que estudia. Ello limita sustancialmente su objetividad. Este solo hecho no le impide llegar a valiosas conclusiones, pero es difícil validar algunas de sus observaciones, sobre todo en los casos en que el autor

fue el origen mismo de los debates metodológicos que describe.

Finalmente, otra de las aportaciones académicas de la compilación es el artículo de Alejandro Moreno, quien ofrece, con sólida metodología, evidencias sobre el uso político de las encuestas y su vinculación con el diseño de política pública en el gobierno de Carlos Salinas. El autor modela la relación causal entre los niveles de popularidad presidencial y las preferencias de los votantes por los partidos políticos. Sus conclusiones no tienen ninguna implicación normativa sobre el uso gubernamental de las encuestas.

En síntesis, la compilación comprende lo mismo ensayos periodísticos que académicos para un público diverso. El problema al que se enfrentan las compilaciones en general —y especialmente las que se producen a partir de conferencias o reuniones de trabajo— es que a menudo terminan por incluir sólo aquellos artículos de autores que presentan una versión final de su ensayo. La consecuencia es que falta un hilo conductor que integre un grupo de ensayos valiosos por sí mismos. Pese a estas deficiencias, el texto es una obra de referencia obligada para los interesados en el estudio de la opinión pública y el comportamiento electoral en México.

Rafael Segovia, *Lapidaria política*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, 572 p.

Eduardo Guerrero Gutiérrez

Debemos congratularnos por la recopilación y reciente publicación, bajo el sello del Fondo de Cultura Económica, de gran parte de la obra periodística de Rafael Segovia (Madrid, 1928). Segovia se ha ganado un lugar único como observador de la evolución política del México contemporáneo, por la claridad y el rigor con que ha expuesto varios rasgos prominentes de nuestro sistema político, los dilemas que ha enfrentado su desarrollo, y las consecuencias—deseadas e indeseadas— de las reformas a las que varias de sus instituciones han sido frecuentemente sometidas. La evolución política del México reciente ha seguido una ruta sinuosa, en la que se han dado pasos en falso o enfrentado complejas disyuntivas. Y ha sido precisamente en muchos de esos momentos de desconcierto general cuando hemos recibido—continuamos recibiendo— el apunte valiente e instructivo de Rafael Segovia. Durante los últimos veinte o treinta años han proliferado en Méxi-

co analistas que han examinado la política mexicana a través de la lente histórica, legal o sociológica—cuando no ha sido su mera curiosidad o sentido común lo que ha guiado sus interpretaciones. Por eso Rafael Segovia—especialista de la política o *politólogo*, explicador de lo político a través de la política— ha sido una *rara avis* en nuestro país, pues ha insistido constantemente en “el carácter autónomo de la política”. Formado inicialmente en filosofía, Segovia incursionó posteriormente en la historia y la ciencia política, disciplina esta última a la que ha dedicado parte muy considerable de sus esfuerzos y en la que publicó un libro notable en 1975 titulado *La politización del niño mexicano*.

Aunque *Lapidaria política* consta sobre todo de breves artículos de ocasión aparecidos en periódicos de circulación nacional (*Excelsior*, *Unomásuno*, *El Financiero*), también incluye ensayos más trabajados en los que Segovia se muestra alternati-

vamente ya sea como el comentarista sofisticado, sobrio y ocurrente de *Plural*, *Vuelta* y *Nexos*; ya sea como el profesor-investigador que labra argumentos rigurosos, apoyados en sólida evidencia empírica y sancionados por la autoridad de los especialistas. Segovia es, entonces, un escritor versátil: intelectual y académico a un tiempo, alcanza sus mejores momentos cuando logra una síntesis de ambas facetas.

Lapidaria política tiene cinco secciones. La primera ("Formas y reformas del sistema político mexicano") es un conjunto de artículos largos más bien de intención académica en los que aparecen los temas predilectos de Rafael Segovia: el gobierno y la cultura autoritarios, el nacionalismo, la democracia, los partidos políticos, las elecciones y la participación política. La inclusión de estos ensayos al principio del volumen resulta afortunada porque en ellos aparecen, de manera condensada, las principales ideas de Segovia, aquellas que el resto del libro afina, expande, matiza y nunca contradice. Las siguientes tres secciones del libro que se reseña forman una unidad en la que se agrupan cronológicamente los artículos de Segovia que van de 1974 a 1994. El libro finaliza con un apartado sobre los intelectuales y la educación superior en México.

La tesis que quizá sirva como eje a la explicación segoviana del funcionamiento del Estado mexicano es el propio autoritarismo. Según Segovia, en México han convivido durante los últimos cincuenta o sesenta años un gobierno y una cultura política

autoritarios que se implican y refuerzan mutuamente. A diferencia de los sistemas totalitarios, señala Segovia, los autoritarios tienen la posibilidad de autorreformarse y avanzar gradualmente hacia la democracia. La vía más visible y utilizada para avanzar hacia tal fin ha sido la reforma institucional en tres temas fundamentales: elecciones libres y transparentes, partidos políticos eficaces en la agregación y articulación de intereses, y un congreso plural y responsable.

Aunque en México elecciones y sistema de partidos existen desde largo tiempo atrás, sus funciones fueron hasta hace pocos años muy diferentes de las que suelen desempeñar en genuinos sistemas democráticos. De hecho, una de las paradojas más interesantes de la política mexicana es que las elecciones y los partidos políticos—instituciones democráticas por excelencia—contribuyeron durante varias décadas a legitimar un sistema esencialmente antidemocrático. Sin embargo, las reformas político-electorales y las sucesivas crisis económicas de los últimos veinte años crearon "situaciones irreversibles" y se convirtieron en catalizadores del cambio democrático.

En el plano de la cultura política, nuestro autoritarismo se refleja, en opinión de Segovia, en una actitud reverencial ante la autoridad. Una cultura política democrática, por el contrario, requiere ciudadanos críticos del poder, con iniciativa y capacidad para autoorganizarse y vigilar la actuación del gobierno. El "pluralismo político limitado" de México tiene

su origen en la escasa participación política libre y voluntaria. Segovia duda en colocar el adjetivo "civil" a cualquier segmento de la sociedad mexicana, en el entendido de que todos sus estratos están dominados por amplias franjas de ciudadanos indiferentes políticamente. A decir de Segovia, la clase política más tradicional y resistente al cambio encuentra "apoyos firmes y seguros en una parte [de México] que no quiere oír de cambios y menos aún de responsabilidades". ¿Cuál es el estrato más autoritario de la sociedad mexicana? Los obreros, aventura Segovia.

Pero Segovia está lejos de la mera diatriba o descalificación cuando caracteriza como "autoritarios" a la sociedad y el Estado mexicanos. Para el autor de *Lapidaria Política*, los rasgos del modelo autoritario mexicano no surgieron por capricho, sino en ocasiones como prerrequisitos para la construcción de un Estado nacional: "el crecimiento general de México sólo pudo conseguirse sacrificando parcialmente las libertades formales —y a veces las reales— establecidas por el texto constitucional". Y a quienes lanzan vituperios al Estado sin más, Segovia responde: "los países donde la libertad en verdad existe, son países con Estados fuertes".

Por lo que atañe a la incipiente democracia mexicana, Segovia la califica de "otorgada" por el papel que ha tenido el Estado como *creador* de todos los agentes de intermediación política. Para Segovia la democracia necesita de adjetivos, especialmente la nuestra que "lleva una cauda his-

tórica imponente, y un condicionamiento ineludible".

Por último, Segovia menciona como uno de los principales obstáculos para el avance de la democracia en México la falta de representatividad de nuestras organizaciones políticas. "Los partidos no representan a nadie", se queja Segovia y agrega: "la distancia entre el ciudadano y el partido es gigantesca". Los partidos carecen de capacidad de movilización y su dependencia del Estado o de los sindicatos "es total". A pesar de todo, sin embargo, los partidos son indispensables pues "no hay democracia sin ellos", termina Segovia.

Hasta aquí el resumen de algunas de las posiciones teóricas que Segovia defiende a lo largo del libro. ¿Cómo caracterizar este modelo de reflexión política? Ni conservadora ni revolucionaria, aunque definitivamente más lo primero que lo segundo. A diferencia de los hombres políticos que, como nuestro autor afirma, suponen incompatibles libertad y poder, Segovia los concibe conciliados en un conjunto de delicados equilibrios institucionales. Segovia es un reformista desencantado por igual del revolucionario de izquierda que del de derecha. Ideológicamente Segovia tiende a colocarse en el centro. Y, en esta toma de posición, debe destacarse que las acerbas críticas que lanza Segovia a los partidos de derecha e izquierda contrastan con su tono complaciente en los momentos en que evalúa la trayectoria del PRI. Tal vez a Segovia le ha faltado ser más severo en su crítica del partido oficial, a pesar de que éste haya sido,

como menciona Segovia, un agente decisivo para la aglutinación de las masas y, por ende, para la integración nacional.

Como uno de los más sutiles analistas de la realidad política mexicana, Segovia cumple satisfactoriamente con las condiciones que él mismo fija para poder mirar, con cierta claridad, al interior del mundo turbio de la política: "nada es claro: entender

un hecho político cualquiera requiere un oficio que exige aprendizaje y sagacidad, pide mala intención y don de doble vista. Pide además información no disponible para el vulgo". Escritor nervioso e inquieto, saturado de intuiciones e hipótesis reveladoras, siempre apartado del lugar común, Rafael Segovia es uno de los escasísimos escritores políticos de primer orden en México.

María Lorena Cook, *Organizing Dissent. Unions, the State, and the Democratic Teachers' Movement in Mexico*, Pensilvania, The Pennsylvania State University Press, 1996, 359 p.

Guillermo Trejo

La ola de movimientos sociales que surgieron en los Estados Unidos y en Europa occidental durante los años sesenta y setenta, despertó la curiosidad intelectual de sociólogos y politólogos sobre el origen, la capacidad de sobrevivencia y el impacto que estos movimientos tendrían en las instituciones y las políticas de las democracias avanzadas. En los Estados Unidos surgió el paradigma de la "movilización de recursos" (enfocado a entender la organización interna de los movimientos sociales) y en Europa el paradigma de los "nuevos movimientos sociales" (abocado a entender los movimientos sociales como producto de las contradicciones del capitalismo avanzado) y el "culturalista" (orientado a entender los movimientos sociales como nuevas formas de identidad colectiva). Estos tres paradigmas de poco sirvieron para explicar el surgimiento de los movimientos sociales que acompañaron a la mayoría de las transiciones a la democracia en América Latina y Eu-

ropa del Este. Las transiciones de la "tercera ola", de hecho, revelaron, entre muchas otras cosas, el estado embrionario en el que todavía se encuentran las teorías de la *acción colectiva* en general, y de los movimientos sociales en particular.

Dos preguntas que han quedado en el tintero refieren al génesis y a la repercusión de los movimientos sociales en sistemas autoritarios: ¿Por qué y cómo surgen movimientos sociales autónomos en regímenes autoritarios? y ¿qué repercusión tienen éstos en el cambio político del régimen?

En *Organizing Dissent*, María Lorena Cook se propone dar respuesta a estas dos preguntas. El libro es un intento valioso por identificar las condiciones en que surgen y se mantienen los movimientos sociales en sistemas autoritarios. Cook se concentra en el nacimiento y el desarrollo de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE), entre los años 1977 y 1992. La inves-

tigación intenta explicar cómo surgió la disidencia magisterial en el seno del sindicato más grande de América Latina —el SNTE— y por qué se observa una variación importante en las metas alcanzadas, así como en la capacidad de sobrevivencia, de diferentes movimientos regionales que conformaron a la Coordinadora.

Organizing Dissent se enmarca y se nutre del paradigma de los “procesos políticos”, desarrollado por Sidney Tarrow, entre otros. Tarrow y sus colegas han insistido en la importancia que tienen las *ventanas de oportunidades políticas* en el surgimiento y el sostenimiento de los movimientos sociales. En el caso de los regímenes democráticos, realineamientos partidistas o cambios institucionales que permitan un mayor acceso de los ciudadanos a las instituciones políticas del Estado, contribuyen de manera decisiva al surgimiento de movimientos sociales y a la forma de organización y las estrategias que éstos adquieran. Cook sugiere que en los regímenes autoritarios, las oportunidades para la organización y la movilización social se gestan cuando las élites políticas se muestran tolerantes y apoyan algún grado de liberalización del régimen; cuando se registran cambios en el liderazgo de la élite política; o cuando las élites entran en conflicto. Se trata, pues, de coyunturas fugaces e intermitentes, las cuales se manifiestan de distintas maneras a lo largo de la geografía del régimen.

En el origen de la disidencia magisterial, entre 1979 y 1981, confluyen cuatro factores: 1) el descontento

de los maestros ante el rezago relativo de sus salarios frente a las percepciones de otros empleados públicos que se veían beneficiados por el *boom* petrolero; 2) el malestar que generó en el seno del SNTE la consolidación hegemónica de Vanguardia Revolucionaria; 3) la consolidación de líderes sociales dentro del magisterio, provenientes, muchos de ellos, de las luchas estudiantiles y rurales de los sesenta y setenta; y 4) el conflicto entre el SNTE y la SEP en torno a la política de desconcentración administrativa, impulsada desde la Presidencia de la República, en un intento del ejecutivo por descolonizar a la SEP del control político del SNTE y recobrar así la autonomía para diseñar e instrumentar la política educativa. La lucha entre el SNTE y la SEP abrió una *ventana de oportunidades políticas* para que líderes magisteriales de distintas regiones del país encauzaran el descontento magisterial hacia la organización de un grupo disidente de alcance nacional. Por un lado, los líderes del SNTE, distraídos en su intento por detener la desconcentración de la SEP, fueron incapaces de obstaculizar el surgimiento de la disidencia magisterial. Los tecnócratas de la SEP, por otro lado, vieron en el nacimiento de la Coordinadora una oportunidad inmejorable para debilitar al SNTE. Para Cook, la variable que tiene un peso mayor en la explicación del surgimiento de la CNTE es la habilidad de los líderes regionales del magisterio para identificar el momento adecuado en el cual la élite política sería lo suficientemente tolerante para permitir el surgimiento y

la movilización de una organización autónoma dentro del SNTE.

¿Cómo logró sobrevivir la Coordinadora en un contexto autoritario? ¿Qué pasó con la disidencia magisterial una vez que el conflicto SEP-SNTE se tradujo en un nuevo acuerdo de convivencia, mediante el cual la SEP llevó a cabo la desconcentración administrativa, pero el SNTE conquistó buena parte de las delegaciones estatales de la SEP? Para responder a estas preguntas Cook compara seis movimientos regionales, dos relativamente exitosos (Chiapas y Oaxaca) y cuatro que no cumplieron con sus objetivos y tuvieron dificultades para sobrevivir (Guerrero, Morelos, México e Hidalgo). Quizá la peculiaridad de la lucha de los maestros disidentes estriba en que uno de sus objetivos centrales fue lograr el reconocimiento legal en el seno de las secciones del SNTE, para así forzar la celebración de elecciones locales democráticas. En Chiapas y en Oaxaca los maestros de la Coordinadora fueron reconocidos legalmente, lo cual les permitió mantener viva su organización, a pesar de los reacomodos entre la SEP y el SNTE. Los otros cuatro movimientos regionales no corrieron con la misma suerte. Para Cook, el éxito de unos y el fracaso de otros se explica a partir del tipo de organización interna adoptada: aquellos movimientos que instauraron mecanismos democráticos para la participación de la base y la rendición de cuentas de los líderes, lograron sus objetivos mediatos y sobrevivieron en el ambiente hostil de los ochenta. La organización democrática e incluyente de los movimientos de

Chiapas y Oaxaca motivó a sus líderes para adoptar estrategias minimalistas y moderadas dentro del marco institucional del SNTE y los dotó de una base de apoyo sólida y duradera. En cambio, los otros movimientos regionales adoptaron organizaciones verticales y estrategias maximalistas, mermando así sus probabilidades de éxito. Aunque en el texto Cook señala la importancia que tuvo la fortaleza relativa de Vanguardia Revolucionaria en cada región, el factor determinante del éxito o el fracaso de la disidencia fue el tipo de organización interna adoptado.

Los dos argumentos principales del libro están bien sustentados teórica y empíricamente y son muy sugerentes sobre cómo se podría avanzar la agenda de investigación de los movimientos sociales en regímenes autoritarios. Identifico, no obstante, tres problemas. En primer lugar, al discutir las diferencias entre los regímenes autoritarios y los democráticos, Cook subraya el papel que desempeñan las élites en los sistemas autoritarios en la definición de las *ventanas de oportunidades políticas*, en detrimento de las instituciones políticas del régimen. En transiciones como la mexicana o la soviética, conforme las reglas informales se debilitaban, las reglas formales —antiguas o reformadas— se convirtieron paulatinamente en una de las fuentes privilegiadas del cambio político. El despertar de las reglas formales y las reformas de éstas representan señales importantes que afectan las decisiones estratégicas de todos los actores políticos y sociales del régimen.

Los movimientos sociales no son una excepción. En la narrativa del libro, la reforma política de 1977 y las elecciones de 1988 desempeñan un papel importantísimo en el surgimiento y resurgimiento de la Coordinadora, pero en la discusión de los sistemas autoritarios en general Cook no integra *explícitamente* a las instituciones ni al cambio institucional como fuente de oportunidades políticas. Segundo, la hipótesis de que los movimientos sociales democráticamente organizados tienen mayor probabilidad de sobrevivencia en contextos autoritarios resulta atractiva, pero su corroboración requiere un trabajo empírico más amplio. A primera vista, la evidencia empírica parece ser mixta: existen movimientos democráticos y oligárquicos que sobreviven por igual en contextos autoritarios. ¿Por qué? Quizá la forma de responder a este acertijo sería identificando, en contextos autoritarios, las condiciones en que una estrategia democrática es más conducente que una oligárquica y viceversa. Por último, al analizar las repercusiones políticas de los mo-

vimientos sociales en el cambio de régimen, Cook es muy cauta y admite con sensatez que el vínculo entre movilización social y democratización sigue siendo una incógnita. Su cautela, sin embargo, la lleva a formular un argumento que tiene poco fundamento en el libro: la repercusión política de la disidencia organizada se reduce a la educación cívica de los maestros y de la sociedad civil en general.

Organizing Dissent es una contribución importante al estudio comparado de los movimientos sociales y del cambio político en México. Su lectura será de particular importancia en nuestro país, en donde el estudio de los movimientos sociales ha privilegiado la narrativa sobre la teoría. Las preguntas teóricas sugeridas por el libro están ahí: ¿cómo surgen y cómo se mantienen los movimientos sociales autónomos en sistemas autoritarios? María Lorena Cook nos dota de argumentos importantes que valdría la pena experimentar en otros sectores sociales, en México, y en otros regímenes autoritarios en transición.

Enrique Krauze, *La presidencia imperial. Ascenso y caída del sistema político mexicano (1940-1996)*, México, Tusquets Editores, 1997

Rafael Rojas

Algunos escritores españoles nada inseguros de su nacionalismo, como Guillermo de Torre y José Ortega y Gasset, señalaban a mediados de este siglo el escaso desarrollo del género biográfico en la cultura hispanoamericana. Ortega, por ejemplo, sumaba la falta de biografías y memorias en la literatura española a su obsesivo contrapunteo cultural entre España y Francia. No porque tuviera en alta estima dicho género, sino por todo lo contrario: lo biográfico, a su entender, denotaba un "síntoma de complacencia ante la vida personal" o lo que Charles Lindholm llama "una estetización del carisma". Así como Inglaterra era el país de las biografías, Francia, según Ortega, era el país donde se habían escrito más memorias.

En los últimos años, Sylvia Mollay y Miguel García-Posada han insistido en que aquellos juicios, por lo que se refiere a la literatura confesional o de memorias, eran algo exagerados. El género autobiográfico en

Hispanoamérica, desde el *Libro de la vida* de Santa Teresa de Jesús hasta la *Autobiografía de Federico Sánchez* de Jorge Semprún, pasando por las *Memorias* de Rubén Darío y *Confieso que he vivido* de Pablo Neruda, ha sido bastante frecuentado. Sin embargo, en lo que atañe a la escritura biográfica, la observación sigue siendo válida. No sólo se escriben en castellano menos biografías que en francés o en inglés, sino que los mejores biógrafos de grandes personajes de la historia de España y América Latina son, por lo general, franceses, italianos y, sobre todo, ingleses y norteamericanos. Ahí están los ejemplos recientes del *Felipe II* de Henry Kamen, el *Franco* de Paul Preston, el *Bolívar* de Gerhard Masur y el *Juárez* de Brian Hamnett.

Esa importancia de la biografía en las literaturas norteamericana e inglesa está relacionada con la tradición política y filosófica anglosajona. Por el hecho de experimentar esos países un orden institucional estable,

la moral, la religión y la cultura se involucran más en la vida privada de las personas. Además de que, como observaba De Tocqueville, la democracia trae consigo una suerte de uniformidad cultural que exige la mitificación de caracteres emblemáticos. En este sentido, la noción de *character*, que difundieron Thomas Carlyle en *On Heroes, Hero-Worship, and the Heroic in History* (1841) y Ralph Waldo Emerson en *Representative Men* (1849), implicaba algo más que el simple carisma, es decir, implicaba, ante todo, un don o una virtud que convertía a ciertos hombres en figuras ejemplares. Para Carlyle, por ejemplo, los héroes eran, fundamentalmente, grandes estadistas como Federico el Grande y Oliver Cromwell. Sin embargo, para Emerson, quien seguía de cerca el principio platónico de la analogía entre persona y comunidad, el "hombre representativo" era lo mismo un filósofo, como Montaigne; un místico, como Swedenborg; un escritor, Shakespeare, o un político, como Napoleón.

En medio de ese menosprecio por la biografía que aún persiste en la cultura hispanoamericana, contrasta la obra de Enrique Krauze. A excepción de muy pocos textos, como su colaboración en uno de los tomos de la *Historia de la Revolución Mexicana* que coordinó don Luis González, la historiografía de Krauze ha sido fundamentalmente biográfica: *Caudillos culturales de la Revolución Mexicana*, *Biografía intelectual de Daniel Cosío Villegas*, *Siglo de caudillos* y *Biografía del poder*. A estas obras habría que agregar, claro está, sus

ensayos de crítica política, como *Por una democracia sin adjetivos* o *Tiempo contado*. Curiosamente, esas dos líneas paralelas de su escritura parecen converger ahora en *La presidencia imperial*, ya que este libro es, a la vez, una biografía y una crítica del sistema político mexicano.

En cierto modo, la obra de Krauze ha sido la protesta solitaria contra una paradoja: la historia de México gira, como pocas, alrededor de sus héroes y antihéroes, de sus caudillos y caciques; sin embargo, por lo general, no es narrada biográficamente. México, como él dice, es un país carlyleano, pero sin Carlyles. Lo cual no deja de ser una exageración que lleva implícito un guiño nacionalista, ya que los "grandes hombres" mexicanos difícilmente encajarían en el ancho molde de Federico de Prusia, Schiller, John Sterling, Samuel Johnson y otros héroes de Carlyle. En todo caso, las biografías de Krauze, a diferencia de las de Plutarco, Carlyle y Emerson, no se basan en el *sympathos*, no siempre son positivas, ni siquiera neutrales; en ellas hay lugar para el juicio moral que permite la distancia del pasado e incluso para la desaprobación. Tal vez por esa susceptibilidad moral que distingue su escritura, Krauze es un historiador que puede narrar el presente.

Aunque *La presidencia imperial* cierra una trilogía, iniciada con *Siglo de caudillos* y continuada en *Biografía del poder*, se diferencia de éstas por ser, además de una serie de biografías de los presidentes de México entre 1940 y 1997, una biografía del sistema político mexicano. No po-

día ser de otra manera. El maestro más visible de Krauze, Daniel Cosío Villegas, lo expuso con la mayor claridad: las "dos piezas centrales" de ese sistema han sido el presidente de la república y el partido oficial. El engranaje entre ambos crea un aparato político que funciona como un *Deus ex machina* y que ofrece una vía institucional al carisma de cada presidente. El "estilo personal de gobernar", según don Daniel, no es más que el proceso por el cual la biografía del presidente se convierte en una cifra del destino de la nación. Así, la analogía platónica entre el político y su ciudad se cumple a cabalidad en el México posrevolucionario.

¿Cómo se escribe, pues, la biografía de una maquinaria? Al parecer, el secreto se halla en el ensayo preliminar "El Estado mexicano: fuentes de su legitimidad". Aquí Krauze observa cómo ciertas formas ancestrales del Estado colonial persisten en el subsuelo de la memoria y reencarnan en la formación del sistema político mexicano. La política de Calles, el creador del sistema, es una nueva versión del reformismo borbónico (anticlerical, capitalista, burocrático); en cambio, la de Cárdenas, que es quien lo consolida, puede verse como una vuelta al tomismo de los Habsburgo (corporativo, paternalista, carismático). Se trata de una oscilación entre las herencias de los siglos XVII y XVIII que viene marcando la vida política mexicana desde el siglo XIX. De alguna manera, los liberales de la Reforma y de la República Restaurada habrían rescatado la fisonomía del Estado borbónico; así como

el porfiriato fue, al decir de Andrés Molina Enríquez, un restablecimiento del pacto con los cuerpos del antiguo régimen, que a la vez se cuidó de no desechar el perfil modernista del liberalismo.

Ese liberalismo conservador, esa mixtura entre lo borbón y lo habsburgo, hizo del régimen de Porfirio Díaz el primer momento de estabilidad después de la Independencia. De modo muy similar, a partir de 1928 se abre un nuevo periodo de normalidad institucional que contrasta con el caos revolucionario que siguió a 1911. La maquinaria empezaba a funcionar. Y ya para 1940 y, sobre todo, 1946, su funcionamiento llega, en palabras de Daniel Cosío Villegas, a "un grado de perfección increíble". Justo en ese momento "la política mexicana se vuelve un misterio poco menos que impenetrable". Es el lapso en que, como dice Krauze, el sistema se convierte en una empresa civil con Manuel Ávila Camacho y Miguel Alemán. Luego, del "empresario" (Alemán) el sistema pasa a manos del "contador" (Ruiz Cortines), de éste al "gerente de relaciones públicas" (López Mateos) y, por último, al "abogado penal" (Díaz Ordaz). La biografía de esa empresa que es el sistema político mexicano se presenta, entonces, como la suma biográfica de sus empresarios-presidentes.

El nuevo régimen, nacido de la Revolución, comienza a ser estable cuando más se asemeja al antiguo, es decir, al porfiriato. Por segunda vez, en la historia moderna de México se detiene la gravitación pendular hacia los Habsburgo y los Borbones y se

alcanza una suerte de acuerdo dinástico dentro de la familia revolucionaria. A juicio de Krauze, dicho acuerdo experimentará dos rupturas, una desde afuera, que fue el movimiento estudiantil de 1968, y otra desde adentro: la escisión de la clase política durante los sexenios de José López Portillo y Miguel de la Madrid.

A partir de ahí la empresa se aproxima peligrosamente a la quiebra. Surge entonces su salvador, Carlos Salinas de Gortari, nuevo Díaz, nuevo Calles, que intentará reformarla y, sobre todo, refundarla a su medida. Pero hay una demanda, cada vez más elocuente y mayoritaria, que los nuevos empresarios se resisten a satisfacer, ya que su satisfacción exigiría el reconocimiento del colapso del sistema: la democracia.

La empresa es, pues, algo más que una metáfora. Esta analogía, que Krauze toma de Gabriel Zaid, favorece la narrativa biográfica. La biografía de cada presidente es la narración de su específica virtud empresarial y va acompañada de las biografías de las instituciones y los actores que giran a su alrededor. En este sentido, se trata de un libro que narra la vida de una comunidad política, el tiempo que media entre el nacimiento y la muerte de un Estado. De ahí que el acercamiento a la morfología de Ricard Morse le sea tan útil a Krauze a la hora de localizar las referencias históricas de la Revolución Mexicana; referencias más bien inconscientes que, como los modelos estatales de los Habsburgo y los Borbones, de los liberales y los porfiristas, se han sedimentado en la memoria política y ga-

rantizan una legitimidad profunda e inefable a la nueva élite del poder.

En otros libros de Krauze ya se percibe esta afición por la morfología histórica. En *Siglo de caudillos*, por ejemplo, es notable la aplicación de un principio morfológico de carácter cultural, bastante cercano a la historiografía de Spengler y Toynbee. Las vidas de Hidalgo y Morelos, Iturbide y Santa Anna, Juárez y Díaz son narradas desde la distinción entre los mundos culturales del criollo, el indio y el mestizo. En *Biografía del poder* se nota algo parecido, pero en relación con el sustrato religioso de la experiencia revolucionaria: Madero es el "elegido por la providencia", Zapata sueña con un "paraíso recobrado", Villa es un "bandido redentor" que "a hierro muere", Cárdenas encarna la figura del "general misionero". Estos arquetipos sociales y religiosos, al igual que los modelos del Estado colonial, son formas que reaparecen una y otra vez en la historia, imágenes del pasado que gravitan sobre el escenario del presente.

Otra de esas formas es la del imaginario imperial que persiste en la cultura política mexicana desde el siglo XIX. Aunque Krauze no lo desarrolla plenamente en este libro, éste es, tal vez, el legado ritual que más le deben los presidentes del México pos-revolucionario a Porfirio Díaz. En el siglo XIX la verdadera discordia, en cuanto a formas de gobierno, no fue entre república y monarquía, sino entre república e imperio. Todos los monarquistas mexicanos y no pocos republicanos fueron políticos imperiales. Era demasiado el peso de la

memoria de aquel imperio azteca que, después de cuatro siglos, había recobrado su independencia. A pesar de los fracasos de Iturbide y Maximiliano, la aureola imperial pudo encarnar, con más comodidad, en las presidencias de Antonio López de Santa Anna y Porfirio Díaz. Por el hecho de haber sido los políticos más cercanos a la democracia, los liberales de la República Restaurada y Francisco I. Madero fueron los únicos que le imprimieron una atmósfera republicana a la institución presidencial.

Personajes que viven bajo el peso de su memoria son los protagonistas de la historia de México y de los libros de Enrique Krauze. Héroes de una tragedia. En el enlace entre mor-

fología y biografía Enrique Krauze parece haber hallado una fórmula ideal para escribir esa historia trágica. Pero él mismo reconoce que, con el fin, ya tangible, de esa "empresa teatral" que ha sido el sistema político mexicano sobreviene el fin de la escritura biográfica y morfológica. "En la democracia —concluye Krauze—, la biografía de México comenzaría a ser la biografía de todos. La democracia pondría punto final a la biografía del poder." ¿Es acaso la democracia el abandono del *dictum* de la tradición, un liberarse totalmente del pasado, la ingravidez, el reino del olvido, la utopía del tiempo? Ésta es la seria pregunta que sorprenderá al lector en las páginas finales de *La presidencia imperial*.

**María del Carmen Collado Herrera,
Empresarios y políticos. Entre la restauración
y la Revolución, México, Instituto Nacional
de Estudios de la Revolución Mexicana, 1996**

Arturo Grunstein Dickter

Es bien sabido que, por lo menos desde fines del siglo XIX, muchas de las grandes decisiones políticas de la historia de nuestro país han implicado asuntos fundamentalmente económicos, y que su resolución ha puesto en contacto estrecho —ya sea en términos de colaboración o de conflicto— a empresarios y políticos. Repetidamente vemos cómo los primeros se han convertido en los segundos y viceversa. (Para un ejemplo reciente, basta echar una mirada a la nacionalización en 1982, seguida por la reprivatización a principios de los noventa, seguida por el aún no resuelto rescate multimillonario de la banca privada en lo que va de este sexenio.) Así, el asunto pertinente no es si empresarios y políticos se han encontrado, en muchas ocasiones incluso en contra de su voluntad, intensamente conectados, sino cómo y por qué lo han estado.

El libro de María del Carmen Collado aporta elementos muy valiosos y esclarecedores sobre la relación

entre poder económico y político durante un momento considerado fundacional en la historia moderna de nuestro país. Más específicamente el estudio se centra en el cambio en las relaciones entre empresarios y políticos durante los primeros años de los gobiernos dominados por los sonorenses. El análisis de Collado parte de la siguiente pregunta fundamental: ¿De qué manera se dieron la readaptación y el reacomodo de los grupos capitalistas frente a los nuevos detentadores del poder político en el México posrevolucionario?

A lo largo de los cuatro temas o problemas fundamentales de la política económica seleccionados: 1) el financiero-monetario, 2) el fiscal, 3) el comercial, y finalmente 4) el laboral, la historiadora narra el principio de la relación simbiótica, aunque frecuentemente conflictiva, entre la nueva clase política y los empresarios. Dependiendo del asunto del que se tratase los grupos asumían posiciones distintas, lo que lógicamente

conducía a pautas de interacción política diferentes. Fueron muy raras las ocasiones en que gobierno y empresarios se enfrentaron como bloques monolíticos. Únicamente lo hicieron en instancias contadas cuando —por ejemplo, la oposición empresarial a la política obrerista radical de Tejeda en Veracruz— percibían que sus intereses vitales se encontraban seriamente amenazados.

Collado analiza las brechas significativas que dividían a cada una de las partes. En el caso de los empresarios, por ejemplo, su posición sectorial: el que fuesen primordialmente comerciantes, banqueros o industriales, pesaba fuertemente en la definición de sus intereses, lo cual se hizo patente durante episodios y negociaciones en materia arancelaria, hecho que llevó al enfrentamiento entre industriales textiles y productores de algodón; o bien, en las limitaciones de los comerciantes para aglutinar bajo su liderazgo a los demás sectores para oponerse conjuntamente a la introducción del impuesto sobre la renta en 1924.

Empero, la posición empresarial dentro del sistema productivo no era el único condicionante.

De la discusión de Collado se desprende que los valores y las ideas no pueden relegarse simple y sencillamente como epifenómenos o variables dependientes del cálculo racional de intereses económicos. Destaca la importancia de estos factores ideológico-culturales en varias ocasiones; por ejemplo, en la discusión en torno a la iniciativa empresarial de los capitalistas más progresistas de la épo-

ca, encaminada a la fundación del Instituto de Estudios y Reformas Sociales. La autora narra cómo, al entrevistarse con el presidente Álvaro Obregón, los miembros notables de la comisión organizadora del mencionado instituto le explicaron que su propósito fundamental era “estudiar científicamente y resolver las frecuentes dificultades que se presentan entre patronos y obreros, entre Industriales y el Estado y entre Industriales y comerciantes” para así “prevenir los conflictos, conciliar y dar arbitraje, acatándose los fallos de acuerdo con los términos pactados por las partes en conflicto al someterse a juicio” (p. 272). No obstante, como nos explica Collado, la iniciativa de la facción empresarial progresista no pudo prosperar. Según ella, se vio rebasada tanto “por el sindicalismo radical como por la incapacidad de la élite económica [para] formar un frente unido ante el populismo gubernamental, que lentamente se iba construyendo, y por la beligerancia del movimiento obrero”.

El fracaso del Instituto de Estudios y Reformas Sociales —agrega la autora—, contribuyó a polarizar la relación obreros/empresarios, en vista de que significó una derrota para el grupo vanguardista del grupo patronal. Derrota que fortaleció las posiciones más conservadoras entre los empresarios, situación que coincidió con el auge del sindicalismo radical.

En sus propias palabras, pues, “la polarización” pronto “se adueñó del panorama.” (p. 288)

Aunque la autora utiliza ocasionalmente términos como el Estado, el capital o la burguesía, buena parte de la obra se desarrolla en torno a la participación de actores de carne y hueso fácilmente identificables. Éstos son los que protagonizaron las negociaciones, los conflictos, así como la concertación de acuerdos y pactos entre los dos bandos. El papel asignado a estos personajes, que en algunas instancias constituían auténticas "autoridades carismáticas", se justifica plenamente por la realidad histórica del periodo. En verdad el sector privado, el Estado y, desde luego, las relaciones entre ellos, estaban aún bastante lejos de institucionalizarse.

Así, cabe reiterar que se trata de una etapa histórica de reconstrucción del Estado y del mercado. Por tanto, no debe sorprendernos que el perfil del mismo gobierno, e incluso el de las organizaciones patronales, estuviesen en gran medida conformados por el carácter y la personalidad de sus dirigentes. La trama sería incomprendible sin la debida atención que se presta en la obra a estas figuras clave, algunas más conocidas que otras, entre las que sobresalen Adolfo de la Huerta, Manuel Gómez Morán, Alberto J. Pani, Agustín Legorreta, Jesús Rivero Quijano, Carlos B. Zetina, Carlos Díaz Dufoo y Jaime Gurza.

Así, uno de los primeros logros de la gestión hacendaria de Adolfo de la Huerta fue haber establecido nexos bastante sólidos con los banqueros, en particular con el grupo de Legorreta, del Banco Nacional de México. Sin embargo, por su carácter casi personal, estos alcances podían ser efíme-

ros. El análisis deja muy en claro que su existencia se encontraba continuamente amenazada por la inestabilidad derivada de la lucha no institucionalizada por el poder político. En ocasiones, por ejemplo durante la rebelión delahuertista y luego de haberla sofocado, los funcionarios del gobierno obregonista tuvieron que reiniciar los esfuerzos de armonización con los financieros así como con otros grupos de propietarios. El Banco Nacional ya no recuperaría la posición privilegiada de la que gozó durante el porfiriato y que volvió a tener brevemente en la gestión hacendaria de De la Huerta. No obstante, luego de un breve periodo de distanciamiento, los banqueros lograron gradualmente "aumentar su cercanía y nivel de influencia sobre el gobierno" (p. 126).

En este sentido, el libro de Collado describe la difícil construcción de lazos de confianza mutua entre políticos y empresarios. La investigación revela claramente que el establecimiento de relaciones de colaboración estables entre políticos y empresarios en el México posrevolucionario temprano estuvo lejos de ser un proceso lineal. Mientras el conflicto y las tensiones finalmente menguaban en áreas como la financiera o la fiscal, simultáneamente arrebaban en otro frente, como el laboral. Sin embargo, Collado concluye que "en términos generales, a mayor coincidencia entre las metas del gobierno y las de la iniciativa privada, más crecía su importancia y su nivel de influencia, y viceversa" (p. 331).

En conjunto, como el propio sub-

título de la obra sugiere, el México de los sonoreseos no fue —como algunos autores han señalado— un segundo acto "neoporfirista", pero tampoco constituyó un rompimiento revolucionario radical o fundamental de las relaciones entre poder económico y político que caracterizaron al régimen del general Díaz. En mi parecer, la validez de esta hipótesis central del libro se hubiese apuntalado en forma significativa mediante la inclusión de un capítulo introductorio adicional dedicado expresamente a resumir lo

que conocemos —más allá de los rebasados lugares comunes— acerca de las relaciones entre empresarios y organizaciones empresariales nacionales y la clase política porfiriana. Quizá esto hubiese permitido distinguir con mayor claridad los elementos de continuidad y los de cambio entre un periodo y el otro. Asimismo, hubiera sido conveniente que la historiadora ampliara su interpretación sobre el legado del periodo en la conformación de las relaciones entre gobierno y empresarios a más largo plazo.

Kathleen Bruhn, *Taking on Goliath: The Emergence of a New Left Party and the Struggle for Democracy in Mexico*, Pensilvania, Penn State Press, University Park, 1997

Joy Langston

El libro de Kathleen Bruhn sobre el PRD es una lectura necesaria para entender la política mexicana en los noventa. El argumento del libro mezcla bien varios temas cruciales que deben abordarse en el estudio de países en transición política: la importancia de la formación de nuevos partidos, el desarrollo de sistemas de partidos y los cambios en la estructura de las preferencias electorales. Se hace mucho más rico el análisis precisamente porque el estudio se enfoca en los partidos de oposición y sus interacciones con el partido hegemónico (el PRI), y no tanto en las famosas élites nebulosas de las cuales leemos tanto en la literatura.

Las preguntas centrales del libro son, primero, ¿cómo fue que un grupo de priistas de izquierda tuvo éxito al salirse del partido y desafiar al régimen después de tantas décadas de hegemonía del PRI?, y segundo, siendo que Cuauhtémoc Cárdenas casi pudo ganarle la presidencia de la república al candidato del PRI (Carlos

Salinas) en 1988, ¿cómo se explica el hecho de que el PRD no haya podido basarse en sus primeros éxitos para consolidar una organización partidista fuerte y capaz de ganarle al PRI en las urnas?

Una de las aportaciones más importantes del libro es la diferencia entre los "procesos" de quitarles seguidores a los partidos tradicionales y la vinculación de los mismos con el otro partido —la nueva opción—. Bruhn argumenta que cada etapa tiene sus propias dinámicas causales, y que lo que funciona bien para un partido en la primera etapa, puede causarle grandes dificultades en la segunda. Explica que la deserción de votantes del PRI se debe a la habilidad que los miembros originales de la Corriente Democrática (CD) tuvieron para criticar a la dirigencia del PRI por su falta de democracia interna en la selección de candidatos a la presidencia y sus estrategias económicas neoclásicas que rechazaban el camino tradicional nacionalista hacia el

desarrollo económico. Al salirse del PRI en una coyuntura de crisis económica, los exmiembros de la familia revolucionaria ofrecieron a los votantes una alternativa en las urnas. Las movilizaciones grandes llegaron a ser una herramienta muy útil durante esta etapa, y el carisma de algunos de los líderes, como Cuauhtémoc Cárdenas, también desempeñó un papel muy importante al aglutinar nuevos votantes en torno de lo que terminó convirtiéndose en el PRD.

El PRD enfrentó dos problemas para consolidarse como organización partidista: la capacidad del régimen del presidente Salinas para aplicar represalias, y el hecho de que las mismas características que le dieron tan buenos resultados al inicio de su vida partidista no fueron tan positivas para profundizar la capacidad del PRD de competir en elecciones en el futuro.

Aparte del argumento de las diferencias entre el nacimiento y crecimiento del partido, la autora también subraya las contribuciones del PRD a la transición política del país, tales como su capacidad de darles a los votantes una opción real para que cambiaran sus preferencias electorales, el poder del PRD para obligar a los líderes del régimen a negociar en ciertas regiones del país, especialmente en el estado de Michoacán, y finalmente, la influencia que tuvo el PRD para cambiar la dinámica de la competencia electoral en el ámbito nacional.

La estructura del libro sigue básicamente la evolución histórica del PRD desde sus inicios como una corriente de presión dentro del PRI a

mediados de la década de 1980, luego durante su escisión del PRI en las elecciones presidenciales en 1988, pasando por los primeros años de movilización electoral y callejera entre 1989 y 1991, y terminando en una etapa difícil de consolidación en los últimos años del sexenio de Salinas, cuando una combinación de represión gubernamental e incapacidad organizativa del PRD dejó a éste en una posición dudosa como partido nacional. La autora usa entrevistas, resultados electorales, información periodística, estudios de caso y otro tipo de trabajo empírico original para contar la historia de un partido en lucha contra una institución hegemónica.

El problema empírico para la autora es que después de los fracasos electorales en las elecciones de 1991 y 1994, no puede entender ni explicar el gran éxito obtenido por el PRD en las elecciones federales, estatales y municipales en 1997. De repente el PRD es el partido que más *momentum* tiene y este hecho representa un cuestionamiento fuerte ante uno de los puntos centrales del libro: que el PRD, por su misma falta de organización interna, no puede aprovechar su éxito original en las elecciones. Aunque el PRD haya empezado a reorganizarse sobre bases más sólidas con Manuel López Obrador como presidente, sería difícil argumentar que haya cambiado tan radicalmente el nivel de organización en un periodo tan corto. De este problema surgen dos preguntas que la autora no aborda: ¿qué tanto pueden cambiar las formas organizativas una vez encaminado el partido? y ¿qué tanto importa la orga-

nización para obtener victorias en las urnas?

Para contestar estas dos preguntas, hay que examinar los enfoques teóricos utilizados por Bruhn. La autora primero cuestiona las teorías institucionalistas porque no pueden explicar por qué Cárdenas y sus aliados salieron del partido, ni por qué la coalición de la izquierda tuvo tanto éxito en las elecciones en 1988. Otro tipo de explicación de por qué la coalición pudo desafiar al PRI es la de que se registraron cambios en la sociedad que luego se tradujeron en oportunidades para empresarios políticos de ofrecer una nueva alternativa electoral. El problema de este argumento, en opinión de Bruhn, es que no explica los problemas posteriores de consolidación del PRD. En el primer capítulo la autora nos ofrece una especie de modelo de cambio de sistemas partidistas en regímenes hegemónicos como México: que pri-

mero tiene que haber un proceso de *detachment* (desvinculación) de los que antes apoyaban al viejo régimen, y luego otro proceso de *reattachment* (revinculación) de éstos a una nueva opción (p. 13).

Parte del problema de la explicación ofrecida por la autora es que no toma en cuenta el hecho de que no se puede entender ni la vida interior partidista ni sus estrategias electorales sin entender el ambiente electoral, es decir, los cambios en las preferencias electorales, así como las negociaciones entre partidos sobre las reglas básicas que van a regir el comportamiento de los partidos en las elecciones y los resultados electorales. Por eso, no se vinculan bien los problemas de consolidación organizativa con el juego político mayor, lo cual, en parte, explica el argumento del libro en cuanto a que el PRD estaba demasiado debilitado por la manera en que nació.

Bernard Manin, *The Principles of Representative Government*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997

José Antonio Aguilar Rivera

A pesar del éxito experimentado por el sistema representativo, su historia aún tiene áreas oscuras. El libro de Bernard Manin es un estudio —hacia tiempo ausente— sobre la evolución de las instituciones e ideas que constituyen esta forma de gobierno. Dos aspectos poco estudiados ocupan principalmente al autor: la desaparición del sorteo como forma de selección de magistrados y el aspecto elitista inherente al método electivo. Manin sugiere explicaciones a ambos fenómenos. La súbita desaparición del sorteo de la escena pública a finales del siglo XVIII no ha recibido la debida atención por parte de los historiadores del pensamiento político. Puesto que teóricos de la talla de Montesquieu y Rousseau consideraron seriamente el sorteo en sus escritos, es notable que la selección de los magistrados por medio del sorteo no fuera comprendido en ningún debate político de importancia en las tres grandes revoluciones: la inglesa, la norteamericana y la francesa. A lo

largo de la historia los modelos republicanos combinaron el sorteo con la elección o vacilaron entre ambos. Cuando el gobierno representativo fue inventado, en el siglo XVIII, no era desconocido que el sorteo había sido practicado en más lugares, no sólo en Atenas, y que en ciertos sitios aún era empleado. Los nuevos sistemas representativos “podían llamarse a sí mismos repúblicas (como lo hicieron los Estados Unidos desde el comienzo de la revolución, o como Francia lo hizo a partir de 1792), pero estaban, a pesar de todo, rompiendo con la tradición republicana al no conferirle al sorteo un lugar”. En esa tradición, el sorteo era la forma democrática de selección, mientras que la elección era vista como una forma esencialmente aristocrática. “Lo que quiero decir —afirmaba Aristóteles— es que es considerado como democrático el que las magistraturas sean asignadas por sorteo, como oligárquico el que sean electivas, como democrático el que no deban depender de una res-

tricción de propiedad y como oligárquico el que deban”.

Según Manin, la sorpresiva extinción de la práctica del sorteo y su salida de la tradición republicana no han sido explicadas de manera satisfactoria. La versión convencional postula que, dada la dimensión de los nuevos y modernos estados, emplear el sorteo se había tornado impracticable. Sin embargo, el sorteo no era totalmente inviable: en muchos casos el tamaño del electorado no era tan grande. Nada impedía, afirma Manin,

el establecimiento de un procedimiento que constara de varias etapas: podrían haberse realizado sorteos en pequeños distritos y a continuación habría podido celebrarse otro entre los nombres seleccionados por el primer sorteo. Es aún más notable que a nadie se le ocurriera utilizar el sorteo para propósitos locales. Los pueblos, o inclusive los condados en los siglos XVII y XVIII no podrían haber sido mucho más grandes, o más poblados, que la antigua Atenas o la Florencia del Renacimiento. Las funciones políticas locales presumiblemente no implicaban un alto grado de complejidad. Y, con todo, ni los revolucionarios norteamericanos ni los franceses consideraron nunca asignar puestos locales por sorteo.

La diferencia entre las ciudades-Estado del Renacimiento y los pueblos de la Nueva Inglaterra revolucionaria, afirma Manin, “no radicaba en las circunstancias externas, sino en las creencias respecto a aquello que confería legitimidad a la autoridad colectiva”. ¿Por qué los actores

políticos del siglo XVIII consideraban inadecuado el sorteo? Éste era considerado inapropiado por los objetivos que los actores perseguían y por las creencias dominantes sobre la legitimidad política. Existía un aspecto en el cual los méritos respectivos del sorteo y de la elección eran claramente diferentes, a saber: el principio de que toda autoridad legítima emana del *consentimiento* de aquellos sobre los cuales ésta es ejercida. Si se considera una máxima el que uno está obligado sólo a aquello a lo que ha consentido libremente, entonces el sorteo, a diferencia de la elección, se muestra claramente incapaz de ser una expresión del consentimiento de los gobernados. El sorteo no podía considerarse, de ningún modo, una forma de consentimiento. En un sistema basado en el sorteo las personas finalmente seleccionadas no son elevadas al poder por aquellos sobre quienes ejercerá su autoridad; de hecho no son entronizados por nadie. Por el contrario, la gente sí manifestaba su consentimiento cuando elegía a una persona en particular. El método, a su vez, obligaba a los gobernados a obedecer la autoridad de aquel que había sido electo. El ocaso del sorteo fue provocado por el advenimiento, a su vez, de las teorías del derecho natural, que postulaban —de Grocio a Rousseau, pasando por Hobbes y Locke— que el consentimiento era la única fuente de autoridad legítima.

En nuestra época, el gobierno representativo se ha tornado inseparable de la democracia. Sin embargo, su historia moderna se inicia, como Manin demuestra, como una alterna-

tiva al autogobierno popular. En los debates de la constitución de los Estados Unidos se imaginó por vez primera una nueva forma de república concebida deliberadamente en oposición a las repúblicas de la Antigüedad, de Atenas a las ciudades-Estado de la Italia del Renacimiento. Los fundadores del gobierno representativo no estaban preocupados por la posibilidad de que las elecciones produjeran entre los ciudadanos una distribución desigual de los cargos públicos; les parecía más significativo el hecho de que las elecciones hacían posible el igual derecho a consentir. Otra característica inequitativa del gobierno representativo, según Manin, “fue deliberadamente introducida después de una larga discusión, a saber, que los representantes debían ser socialmente superiores a quienes los elegían. Los representantes electos, se creía firmemente, debían tener un grado superior de riqueza, talento

y virtud al de la mayoría de sus electores”. A pesar de que las condiciones objetivas del electorado variaban de una nación a otra, en todos los casos se tomaron medidas para asegurar que los representantes estuvieran por encima del elector promedio. Lo que contaba no era solamente el *status* social de los representantes, definido éste en términos absolutos, sino también, y de manera más importante, su posición relativa a sus electores. Por lo tanto, ahí donde se gestó el sistema representativo —en Inglaterra, los Estados Unidos y Francia—, éste fue instituido con completo conocimiento de causa de que los representantes electos serían, y *debían ser*, ciudadanos distinguidos, “socialmente distintos de aquellos que los habían elegido”. Esto es lo que Manin llama el “principio de distinción”. El gobierno representativo es, apunta el autor de manera sugerente, una “aristocracia democrática”.

Ariel Rodríguez Kuri, *La experiencia olvidada. El ayuntamiento de México: política y gobierno, 1876-1912*, México, UAM-Azcapotzalco/Colmex, 1996, 301 p.

Francesco Pipitone de la Roche

La idea, más o menos difundida en el ambiente académico, de que los acontecimientos políticos y sociales están determinados por la voluntad de los actores que en ella conviven (gobierno, sociedad civil, organizaciones no gubernamentales, etc.) y son resultado, en última instancia, de la interacción de ellos es uno de los lugares comunes más frecuentados por no pocos historiadores. Es decir, la creencia de que son los hombres los que crean a las instituciones y que éstas tienen poca influencia en el comportamiento de los actores es una de las más aceptadas. Pues bien, el libro de Rodríguez Kuri nos muestra la parcial falsedad de esta postura. La institución es una *forma de organización de la sociedad* y por ello debe ser entendida como el resultado de nuestro pasado y de nuestro presente que al mezclarse nos dan pistas de cómo será el futuro. Las instituciones son el lugar en donde una colectividad se expresa y se refleja a sí misma. Analizar instituciones significa ensu-

ciarse las manos con la historia; esfuerzo que muchos prefieren evitar y dar explicaciones a partir de lo evidente: las voluntades de personajes clave. En este punto nos encontramos ante un falso dilema: ¿son las instituciones las que crean a los hombres o son éstos los que crean a aquéllas? Parece bastante claro que se trata de dos extremos y que la cuestión depende de cada fenómeno. Hay momentos en que los personajes desempeñan un papel muy importante pero también los hay en los que ellos poco pueden hacer ante la manera en que una sociedad está organizada. Sin embargo tratar de dar explicaciones haciendo escasa referencia al papel que desempeñan las instituciones es un error. Por ello, el libro de Rodríguez Kuri es una atrevida investigación cuyo valor, más allá del análisis en sí mismo, radica en la inteligente propuesta que nos formula: *Las instituciones norman en buena medida el comportamiento de los actores.*

Veamos pues qué es lo que el

autor presenta en su trabajo. Esta investigación se ocupa de la experiencia municipal de la ciudad de México en el periodo 1876-1912, es decir, analiza y explica la evolución institucional del ayuntamiento de México. El principal argumento de este libro es que la historia de este fenómeno es a la vez un proceso de paulatino debilitamiento institucional y de la creación de todo un *cuerpo argumental* en defensa de la autonomía municipal. El autor explica cómo desde principios del México independiente el ayuntamiento de México era una instancia de gobierno con representación social y fuerza política, más que una institución dependiente del gobierno nacional. Por ello, en la primera mitad del siglo XIX los conflictos entre el ayuntamiento y las autoridades federales no fueron pocos y casi siempre giraron en torno a la definición de las jurisdicciones respectivas. En este proceso era evidente, según el autor, la intención por parte del gobierno federal de neutralizar un ayuntamiento que gobernaba el espacio físico en el que se encontraba establecido. Es claro cómo los gobiernos nacionales tuvieron éxito en subordinar al ayuntamiento de México. Ya desde las ordenanzas de 1840 (primer estatuto municipal de la ciudad de México) se estableció que las decisiones del ayuntamiento debían contar con el aval del gobernador del Distrito Federal, que a su vez transmitía la autorización del secretario de Gobernación y del ejecutivo federal. A partir de este punto empieza a manifestarse el debilitamiento institucional del ayuntamiento. Y este proceso cul-

mina con la expedición de la ley de organización política y municipal de 1903 en la que el municipio de la ciudad de México se encuentra ya explícitamente a merced de los gobiernos nacionales. Esto no quiere decir, como nos lo explica Rodríguez Kuri, que esta ley haya significado la desarticulación de una institución incómoda para el porfiriato. Esta ley es simplemente el momento más alto de un proceso que se venía gestando desde el siglo pasado; por lo que 1903 (para el Distrito Federal) no puede ser considerado un punto de inflexión en el que cierta lógica se rompe y se impone otra muy distinta. Por ello, la investigación no sólo se centra en los momentos más evidentes de este fenómeno, sino que analiza los factores y la evolución que llevaron a este resultado. Es decir, nos demuestra cómo el debilitamiento institucional del ayuntamiento de México no fue el resultado de la voluntad personal de tal o cual presidente de la república expresada en la ley. Muy por el contrario, se trata de un proceso en el que los deseos personales son sólo un factor que explica el éxito de los distintos gobiernos nacionales por neutralizar una institución cuya jurisdicción es de vital importancia, puesto que es ahí donde los poderes nacionales residen, en una época en la que el poder político se encontraba repartido entre las regiones. Por ello, el Distrito Federal era la principal fuente de recursos para los gobiernos federales de la época. De esta forma, la principal aportación de este libro es que nos demuestra cómo el ayuntamiento de la ciudad de México es una institu-

ción que sufrió un proceso de debilitamiento a causa de la lógica política en la que se encontraba inmerso y con la que tenía que enfrentarse desde su nacimiento.

Con objeto de demostrar su hipótesis, el autor analiza cuestiones como el *boom* demográfico de la ciudad a partir de la década de 1870 y sus efectos sobre el entramado institucional del ayuntamiento. Estudia también los problemas fiscales del ayuntamiento, y muestra cómo existían elementos estructurales que debilitaban aún más a esta organización. Asimismo, trata asuntos como el sistema de transportes y alumbrado público en la ciudad y la autoridad política sobre la cual recaía la responsabilidad de administrarlos. El autor muestra cómo la injerencia del ejecutivo nacional tuvo efectos devastadores en la creación de redes de legitimidad que sostuviesen al ayuntamiento.

En la última parte del libro, Rodríguez Kuri describe cómo en la fase

maderista de la Revolución Mexicana fracasaron los intentos por "despertar" al ayuntamiento y dotarlo nuevamente de autonomía. Con ello, el autor ofrece una prueba más de que a pesar de este intento, los hombres de esa época no pudieron transformar una institución cuyas características y elementos principales eran producto de más de un siglo de historia y paulatina evolución. Es decir, si el argumento fuese que Porfirio Díaz deseaba un ayuntamiento dócil, una vez que su gobierno fue derrocado, las dificultades para reformar el ayuntamiento serían pocas. Sin embargo, esto no ocurrió así.

A pesar de ser una investigación historiográfica el libro de Rodríguez Kuri es de gran actualidad. Las condiciones del gobierno de la ciudad de México hoy en día son producto de la historia; de una historia compleja, condensada en instituciones y que va más allá de la voluntad de personajes como Porfirio Díaz o Álvaro Obregón.